



NUESTRA DEUDA CON LOS ÁRABES

ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

PROFESOR UNIVERSITARIO Y PEDAGOGO



propósito del llamado conflicto del Golfo Pérsico hemos oído y leído algunos de los mayores disparates que puedan concebirse. Ello no sólo revela en mucha gente una crasa ignorancia sobre lo que ocurre en aquella zona, además de una lamentable incultura, pues se desconoce lo que cultural e históricamente significa el mundo árabe, sino también una grave irresponsabilidad, que lleva a “opinar” sobre lo que no se sabe. Lo cual se agrava si se trata de gente vinculada a la cultura o la política, que por ello mismo deberían ser más cuidadosos en lo que dicen, amén de estar más obligados que otros a informarse, a leer, a mantener un nivel de cultura por encima del que corresponde al común de las personas. De lo contrario, mal pueden aspirar a ser dirigentes y orientadores de la opinión pública.

Una de esas “opiniones” se refiere al “salvajismo” árabe. Y con un dejo de desprecio, que si no fuera estúpido

resultaría más bien cómico, se habla de aquel pueblo como de algo totalmente extraño a nosotros, que estaríamos muy por encima de ellos. Semejante falacia comienza por ignorar cuánta sangre árabe se integra al extraordinario mestizaje que es Hispanoamérica, y cuánto de la antiquísima cultura árabe llega a nuestra propia cultura navegando en esa sangre.

Nuestro mestizaje, en efecto, es un mestizaje de mestizajes. La raíz española, que se integra con la indígena y la africana para formar la más prodigiosa mezcla racial que conoce la historia, ya era mestiza antes del Descubrimiento. En ella confluyen, amén del sustrato celtíbero, corrientes latinas, germánicas, godas, visigodas, árabes judías, y hasta algo de africanas negras. La latina, por supuesto, y la árabe son las de mayor peso. Setecientos años de dominación musulmana sobre España, aunque fuera una dominación imperfecta, enfrentada siempre a la resistencia hispana, valen mucho. Y no sólo la belleza física del tipo español, sino también la de su arquitectura y su arte en general, serían hoy inconcebibles sin el poderoso ingrediente morisco. Como también sería

inconcebible, sin ese ingrediente, la extraordinaria variedad de nuestro mestizaje, sea que se trate del tipo físico criollo, o de nuestra cultura. Aristóteles y buena parte del resto de la filosofía griega se conocen en España, y a través de ella en la Europa medieval, por las traducciones del griego al árabe y del árabe al latín y al castellano. Algo parecido ocurre con el saber científico y matemático del Oriente. Alfonso el Sabio, que reina en Castilla de 1252 a 1284, y con quien la deuda de la cultura española es gigantesca, reúne en su corte sabios árabes y judíos junto con los cristianos.

En el orden del lenguaje y de la literatura, ¿cómo hubieran existido Cervantes y el Quijote, sin los árabes? En general, toda la literatura española, y por extensión la hispanoamericana, serían muy distintas, si en el proceso de formación y desarrollo del idioma castellano no hubiese intervenido el vigoroso elemento árabe.

Sólo en materia de vocabulario, se calcula que en nuestro idioma hay más de cuatro mil palabras, entre primitivas y derivadas, de origen árabe. Como era un pueblo guerrero, que llega a España en plan de conquista, es natural que muchos de esos vocablos sean del ámbito militar. “Los moros”, dice Rafael Lapesa, “organizaban contra los reinos cristianos expediciones anuales llamadas *aceifas*, además de incesantes correrías o *algaras*; iban mandados por *adalides*; los escuchas y centinelas se llamaban *atalayas*, y la retaguardia del ejército, *zaga*. Entre las armas figuraban el *alfanje* y la *adarga*; los saeteros guardaban las flechas en la *aljaba*; y la cabeza del guerrero se protegía con una malla de hierro o *almófar*. Fronteras y ciudades estaban defendidas por *alcazabas*, con *almenas* para que se resguardaran los que disparaban desde el *adarve*. Novedad de los musulmanes fue acompañar sus ataques o rebatos con el ruido del tambor, sus trompas bélicas eran los *añafiles*. La caballería mora seguía táctica distinta que la cristiana; está era más firme y lenta; aquella, más desordenada y ágil. Los *alféreces* o caballeros montaban a la jineta, con estribos cortos, que permitían rápidas evoluciones, y espoleaban a la cabalgadura con *acicates*. Entre sus caballeros ligeros o *alféreces* había muchos de color *alazán*; la impedimenta era llevada por *eccemillas* y en los arreos de las bestias entraban

jaeces, albardas, jáquimas y altares”. (Historia de la lengua española”. Escalicer S.A. Madrid; 1962. Séptima edición p.97).

Pero los árabes no eran sólo guerreros. Muchas palabras propias de la agricultura y otras actividades laborales, de la economía, del urbanismo y la arquitectura, de la gastronomía y el arte culinario, del derecho, la medicina, la farmacia, y, en fin, de todo, son de origen árabe: acequia, aljibe, alberca, noria, alquería, alcachofa, algarrobo, alubia, zanahoria, berenjena, azafrán, algodón, tahona, arriate, azucena, azahar adelfa, helhí, arrayán, retama, alhucema, tarea, recamar, badana, tahalí, alfarero, taza, ajorca, alfiler, marfil, almagre, albayalde, alumbre, azogue, arancel, aduana, tarifa, arroba, quintal, fanega, almud, arrabal, aldea, zaguán, alcoba, azotea, alfélzar, alarife, albañil, tabique, alcantarilla, albañal, ajuar, almohada, alfombra, jofaina, almirez, alcuza, albóndiga, almíbar, arropo, alfeñique, jabón, borceguí, babucha, laúd, ajedrez, tahúr, azar, alcaraván, alcalde, alguacil, albacea, alcabala, algaraza, algoritmo, guarismo, cifra, álgebra, alquimia, alambique, redoma, alcohol, álcali, elíxir, jarabe, cenit, nadir, auge, mezquino, baladí, baldío, azul, añil, carmesí, fulano, mengano, halagar, acicalar, hasta, ojalá, alborozo, hazaña, aleve. Incluso una palabra que se ha puesto de moda últimamente, maquilla, también es de origen árabe. Igualmente numerosos nombres de persona y apellidos, lo mismo que nombres geográficos. (E)

¡FULANO!

